

ques se deben á sus encarecidos adelantamientos (1).

Si tendemos la vista sobre el abundante y fácil alimento que puede el hombre prometerse á favor del cultivo de las tierras, la cria de los ganados y la proteccion de un buen gobierno, no nos causará maravilla su extraordinaria propagacion. Los animales, cuando ya domésticos, casi siempre son capaces de enjendrar, mientras en su estado salvaje se ven espuestos á largas y frecuentes continencias, sin serles dada la procreacion mas que una ó dos veces al año. En medio de sus selvas y desiertos, arastrando dura y trabajosa existencia, y siéndole fuerza contentarse con escasa comida, muéstrase el salvaje americano poco fecundo y amoroso, obligándole á ser casto la necesidad de robustecerse. Así pues, la facultad de reproducirse en todos tiempos es hija del alimento arreglado y abundante que se toma entre los pueblos civilizados (2).

#### ARTICULO SEGUNDO.

SOBRE ALGUNOS ALIMENTOS CORRIENTES EN DIVERSOS PUEBLOS.

El primitivo tronco de la especie humana debió criarse en caluroso clima, puesto que en nuestro estado natural somos incapaces de sufrir el rigor del frio, por nacer desnudos: son pues los trópicos la cuna del jénero humano, como tambien la patria de

(1) *¿Vis numerare morbos? Coquos numera*, dice Séneca.

(2) Prescindimos aquí de los efectos de la estacion erguida, que ya llevamos espuestos.

los monos. En esas opulentas comarcas derramó naturaleza sus dones; los árboles de aquellos países se ofrecen siempre cargados de agradables frutos, y bríndanos la tierra con innumerables vejetales alimenticios: compruébalo el sinnúmero de vivientes herbívoros y frujívoros que allí se han propagado, y mas aun el portentoso abasto de comestibles vejetales que allí observaron los botánicos. Puéblanlas igualmente el hombre, los monos y los papagayos, y alimentan á los tres unos mismos frutos. Descansa el Indio al pie de la palma, encarámase por el tronco el mono, posa el papagayo en las hojas, y todos comen sus dátiles (1).

Dirán que por eséncia es frujívoro el habitante de los trópicos, avasállale su conformacion, incítale su instinto, y nunca jamás le niega la tierra producciones vejetales. Es indudable que la carne puede en esas calurosas rejiones ser perniciosa al

(1) Los antiguos atribuyeron á nuestros primitivos padres la vidafrujívora que pertenece tambien á los monos. (Lucrec., *De rer. nat.*, lib. vi, vers. 937; Estrabon, *Geogr.*, lib. xiii, páj. 885; Vitruvio, *Arquit.*, lib. ii, cap. i; Ateneo, *Deipnos.*, lib. i, páj. 12; Diod. Sic., *Bibliot.*, lib. i; Plutarco, *Moral.*, tomo ii, páj. 158; Pausanias, lib. viii, cap. i; Herodoto, *Hist.*, lib. iii, n.º. 100; Plinio, *Hist. nat.*, lib. xv, cap. xxv; Isidoro, *Origin.*, lib. xvii, cap. vii; Porfir., *De abstinent.*, lib. ii; Aulo Gelio, *Noct. att.*, lib. v, cap. vi; Agatárquides, *Bibliot. de Focio*, cap. xxii). Adáptase á nuestra naturaleza en el medio-día sobretodo. Car. Jacobo Saillant, *Ergo proprium hominis alimentum, vegetabilia*, Paris, 1771, en 4.º, atribuye no pocas enfermedades al uso de la carne, *προσφάγια*; y Daubenton, *Mém. sur les indig.*, páj. 27, dice que muchas naciones son aun frujívoras. (Véase lo que dice Rousseau, *Disc. sur l'inégalité*, nota 13).

hombre, por la corrupcion que enjendra, por la plétora é inflamacion que causa en la economía animal, y la diarrea é inflamacion de humores. Fatalísimas son esas enfermedades á un sinnúmero de Europeos aferrados en seguir en las Indias un réjimen ardoroso y carnívoro, adaptable tan solo en las frias rejiones de Europa. Guiados los niños por mejor instinto que el hombre ya maduro, desprecian por los frutos la carne, y cambiarían por gorsellas, guindas y uvas la mas rica caza. Esos alimentos refrijerantes son muy necesarios en tiempos calurosos, y por admirable relacion con los entes creados, maduran cabalmente en dicha temporada, mientras los frutos que se conservan secos en el invierno solo se cojen á sus asomos; descollando la providencia con que en todos tiempos brinda la naturaleza su alimento á hombres y animales.

Ello es fuerza que las naciones hayan sido en su cuna crudívoras, puesto que muchos pueblos vivieron largo tiempo sin hacer uso del fuego: tales fueron los Fenices, por ejemplo, segun Sanconiaton, en Eusebio (1); los Ejipticos (2), los Persas (3), los Griegos (4), los Chinos (5), y otras naciones (6) en nuestros dias (7).

(1) *Præparat. evangel.*, páj. 34.

(2) Diod. Sic., *Bibliot.*, lib. 1.

(3) Banier, *Expl. des fables*, tomo III, páj. 201.

(4) Diodoro, lib. v; Plutarco, *Moral.*, tomo II, páj. 86; Pausanias, *Viaj.*, lib. II, cap. XXIX.

(5) Martini, *Chin.*, tomo I, páj. 20.

(6) Vitruv., *Arquit.*, lib. II; Pompon. Mela, *Situs orb.*, p. 296.

(7) *Hist. génér. des Voyages*, tomo II, páj. 229; Hornio,

En las rejiones heladas, empero, donde no encontrara alimento vegetal, érale imposible al hombre mantenerse frujívoro, y hubo de ser cazador para poderse alimentar de sustancias animales. En cambio de sus fatigas y vida mas activa que la de los meridionales, proporcionábanle aquellas mas vigoroso y sólido alimento. Es en efecto indispensable denodada actividad en las rejiones del norte; ofrécese á cada paso mil urjencias; buen vestido, no peor hogar, viviendas impenetrables al frio, acópios de alimentos, combustibles, etc.: muy al contrario del mediodía, donde no necesita nada el Indio; pues ofrécele alimento la cercana higuera, convídale una fuentecita á apagar su sed, bríndale al reposo un lecho de hojarasca, y mira satisfechas todas sus necesidades. Debiendo por precision ser proporcionado el alimento á la reparacion de las fuerzas y al trabajo, síguese que en los paises frios y sobre estéril suelo, debe consumir mucho el hombre, al par que poquísimo en los calurosos y en fecundo territorio: debe pues ser carnívoro el primero, y frujívoro el segundo. Compárese el réjimen de vida de un Francés con el de un Inglés, y á buen seguro que salte á los ojos la diferencia. Es fama que con la comida de un Aleman pasaria un Español tres dias; nosotros podríamos llamarnos lobos en comparacion de los Indios (1), y con todo es aun

*Orig. amer.*, lib. I, cap. VIII; lib. II, cap. IX; Charlevoix, *Nouv. France*, tomo I, páj. 40, etc.; P. Gobien, *Histoire des iles Marianes*, Paris, 1700, en 12<sup>o</sup>.

(1) Era de notar en los Americanos su sobriedad, y eran por

el Tártaro mas carnívoro que nosotros, pues engulle á cada comida muchas libras de carne á medio cocer. No tanto debería llamarse virtud como irresistible **instinto** la sobriedad en el mediodía, lo propio que la **destemplanza** podría llamarse antes necesidad que vicio en el norte. No es pues de estrañar que gane **en** robustez un habitante del norte á diez Indios, **puesto** que come diez veces mas que ellos. Con algunos miles de soldados europeos ó tártaros conquistaron las Indias un Alejandro, un Jenjis-Khan, y un Tamerlan. Tórnanse pues robustos, vigorosos é **infatigables** los habitantes del norte que mascan á **dos** carrillos, mientras, á efecto de su indispensable sobriedad, debilitanse y aparecen apocados y **desidiosos** los pueblos del mediodía. Si nos **comparamos** con nosotros mismos durante el invierno y **el** verano, á buen seguro que encontremos variaciones idénticas; gústanos en aquella estacion la carne, **y** sentimos mas pujanza en el estómago y mas actividad que en esta; derrite el calor las fuerzas, tórnanos flojos, indolentes, y apaga el apetito: solo **respiramos** entonces al tomar un sorbete ó frutos acuosos. Siguen á este estado los desordenados

lo mismo **lánguidos**, flojos, nada esforzados ni amorosos, admirando su **templanza** los mismos Españoles, no obstante su sobriedad, **y** comparándola á la continencia de los mas austeros ermitaños. (Ramusio, *Collect.*, tomo III, páj. 304 y 306; Simon, *Conquista*, páj. 39; Hackluyt, *Collect.*, tomo III, páj. 468 y 508.) Haciendo aspavientos decian los Caribes que un solo Español se zampaba en un dia la comida de diez. (Herrera, *décad. I*, lib. II, cap. XVI.)

gustos y el antojo en materias de apetito, hasta incitar á comer yeso, tierra, etc. Víctimas con frecuencia los negros de tamaño estragamiento de estómago, engullen tierra arcillosa que los enferma: con todo, no hay para que confundir esa irritacion con el hambre, que incita en ciertas partes á comer tierra. Contra aquel antojo desordenado es preciso, para apagarle, valerse de tónicos ó aromáticos: tan cierto es que el réjimen alimenticio debe ir acorde con los climas, ó mejor diré, con las temperaturas.

Mirado el jénero humano en las cuatro partes del globo y en sus grandes troncos, saca su mas ordinario alimento de cuatro especies principales de gramineas, que, al parecer, estan en relacion con las naciones, é influyen en su carácter y sistema moral.

1º. Prefieren los Europeos el trigo, sustancial alimento, inestimable producto de una agricultura perfeccionada bajo la sombra de las leyes, escudo de la propiedad territorial, causa y efecto al propio tiempo de la civilizacion.

2º. Aliméntase de arroz el Asiático, sustancia no fermentada como el pan, fácil producto de insubistente cultivo, puede que el único practicable bajo despótica coyunda, y que de suyo tiene á la sociedad paralítica.

3º. En su árido y ardoroso suelo, va pasando el Africano con su alcuzcuz (*holcus spicatus*), ó el mijo (*panicum miliaceum*), á la verdad tosquisimas producciones de hombres indolentes sumidos en la insensatez.

4º. El primitivo Americano, por último, se sus-

tentaba con maiz, alimento mas tosco que sustancial, y cuya inmensa copia venia al parecer de molde para que roncasen en largo sueño é indolencia los que lo usaban; subiendo aun de punto ese letargo con el uso de raices comestibles, tales como el manioque, la yuca, y las papas, por ser ya indudable que no menos que los climas influyen los alimentos en nuestra constitucion.

¿No podria acaso achacarse el imperfecto y débil estado en que se descubrió, aun á los Americanos mas adelantados, al escasillo jugo de sus alimentos vegetales, unido al lácio influjo de húmedo temple? Así es como los Españoles, bien conocidos por su sobriedad, comian aun mucho en comparacion de aquellos.

Si en vez del trigo y aun del arroz, quisiésemos usar los alimentos de América, fuerza nos seria tomarlos en mayor cantidad, para producir igual sustancia nutritiva que los primeros: y así sucede que son mas robustos los que usan del pan que los que comen únicamente arroz; estos en cambio son mas civilizados que los que solo comen maiz, si bien sobresalen estos muy poco á los negros salvajes, cuyo alimento se vincula en el alcuzcuz y el mijo, y permanecen en el último eslabon del jénero humano. De ahí es que, conforme son mas toscas y groseras las sustancias alimenticias, van al parecer entorpeciendo por grados los alcances, sumiendo á los que las usan en la suma insensatez (1).

(1) Los negros, por ejemplo, anteponen al maiz blanco y amarillo, sin embargo de ser mas productivo, el encarnado,

Si clavamos la vista en los gustos de cada pueblo, á buen seguro que veamos comprobados nuestros principios. Contestes nos dicen los viajeros que los habitantes mas cercanos á los polos paladean la grasa, el aceite de ballena, de marrajo, de oso y otros animales. Los Laponos, los Groenlandeses, los Islandeses (1), los salvajes de la América septentrional, los Iroqueses, Canadenses (2) y Kamtschadales se zampan con indecible gusto grasa de ballena, aceite rancio de pescado, etc.; tienen para ellos sabrosísimo gusto el sebo y la manteca rancia, diciéndolo con admirable presteza las sustancias mas indigestas, por escitar el frio su pujanza, mientras lo debilitan en extremo los calores bajo la zona tórrida. En los trópicos, por el contrario, aliméntase el hombre de livianos alimentos; de azúcar, por ejemplo, de belados frutos acuosos, etc. Tírese una línea desde el polo al ecuador, y encontrarase gradual declive en los gustos y manjares. Gústale al Groenlandés la grasa y la sangre; al Sueco y al Aleman la carne; el pan y algo tambien de carne al Francés; su *polenta*, macarrones y legumbres al Italiano; alguna cebada y arroz al Levantino; higos y goma arábica al Moro y al Abisinio. Para impedir que se les raje el cutis úntanselo en la zona tórrida,

mas duro á la verdad y desabrido: incontestable prueba de que los mas salvajes prefieren tambien los alimentos mas groseros.

(1) Pechlin, *Obs. phys. et med.*, páj. 58; Anderson, *Islande*, páj. 247. Deben á esa grasa su color amarillo.

(2) Denys, *Voyage*, cap. xxiii, páj. 362; Laffiteau, *Mœurs des sawag.*, tomo II, páj. 91, etc.

y vese á los Hotentotes mugrientos de sebo y grasa, costumbre utilísima á los Africanos para suavizar su piel: por motivo correspondiente, báñanse con frecuencia los Orientales y otros pueblos del mediodía, por manera que en el norte es forzoso acudir al interior, y en el mediodía al exterior del cuerpo. Por las rejiones polares, concéntranse en el estómago todo el calor y la pujanza vital, y bajo el ecuador, en la circunferencia del cuerpo; pidiendo esta distribucion de la potencia animal, segun son los climas, mucha sustancia alimenticia entre los hielos, y eremítica abstinencia bajo ardoroso cielo. De ahí es que los habitantes del norte pueden olvidar su exterior por su interior, muy al contrario de los que moran en rejiones cálidas.

Debe pues ser carnívoro el hombre polar, y frujívoro el ecuatorial, como ya lo manifiestan los dientes y quijadas de un negro comparados con los del Tártaro. Tiene aquel dientes hermosos, lisos, anchos y cerrados, dilatadas quijadas, y músculos crotáfitos mas débiles que el Mogol. Este muestra, al contrario, dientes afilados y desunidos, recia quijada y fornidos músculos; todo en cierto modo señala en este un leon ó un oso, al paso que tales órganos solo indican en el negro cierto entronque con los monos, frujívoros todos. Son además sus caracteres muy parecidos á los de dichos animales (1).

(1) Por lo que atañe á los entomófagos ó comedores de insectos, es sabido que los Atenenses comian cigarras, *tettigonia plebeia*, Fabr. (*cicada*, L.), principalmente en estado de larvas; preferian, segun afirma Aristóteles, los machos antes de la có-

Siendo el hombre carnívoro, en opinion de algunos filósofos, y segun otros, frujívoro por naturaleza, es evidente que ninguno de ellos examinó los hechos que acabamos de esponer, de los cuales se saca por consecuencia ser en tal materia la diversidad mero efecto de los distintos climas. Si consideramos sin embargo el hombre de la naturaleza en su morada primitiva, si seguimos allí su instinto, verémosle mas afecto al réjimen vegetal que al animal, puesto que no tiene garras como los carnívoros, ni come tampoco carne cruda. En nuestras calenturas y enfermedades, que podrian llamarse la voz del instinto contra dañoso estado, anhelamos antes el réjimen refrigerante y vegetal que el animal, repugnándonos este é irritando nuestro estómago. Por apetito, y casi diríamos por instinto, prefiere

pula y las hembras cuajadas de huevos. Asábanlas y dábaseles el nombre de *Tettigometra*. Aun hoy dia, los Arabes, Sirios y Ejiptios no desprecian por cierto las langostas, singularmente el *gryllus migratorius*, ó las pasajeras, cuya plaga asuela con tanta frecuencia aquellos países. Platos harto comunes son en Oriente el jaquillo de Tartaria, *gryllus tataricus*, Fabr., el ejiptio, *gryllus aegyptius*, Fabr., el *gryllus gregarius* de Forskahl, y el *gryllus lineola*, Fabr.: cuécenlos algunos, y frienlos otros con aceite de sésamo. Créese comunmente que causa este alimento la enfermedad pedicular ó tiriásis. Véase al caso nuestra memoria inserta en el *Journ. complem.*, tomo xv, páj. 1.

Los Griegos asiáticos y jónicos, y tambien los Frigios, buscaban con ahinco el gusano *cossus*, no el *bombyx cossus*, L., y sí la larva del gorgojo de las palmeras, *curculio palmarum*, Fabr. y Olivier. Es el gusano que roe la madera; aparece blanco, y es parda su cabeza: cómenlo aun hoy dia los Indios y Americanos.

la mujer los frutos á la carne. La lástima entrañable por otra parte para con un viviente que vemos destrozarse, aquel horror de los cadáveres y la sangre, brotando de lo mas hondo del corazón vírjen, parece no ser otra cosa mas que la voz del instinto, el alarido de la conciencia que rechaza tales alimentos. No cabe duda en que ese horror secreto es mucho mas poderoso en el meridional que en el Tártaro, sanguinario ya por costumbre; empero sobresale ahí una de tantas relaciones admirables de la naturaleza, que á todo se aviene. Fuera de esto es mucho mas desabrida y corruptible la carne en el mediodía que en el norte, mientras que para rehacer las fuerzas que á cada instante le roba el clima riguroso, necesita el septentrional casi viva carne y chorreante sangre.

Puesto que es necesaria la carne en los países frios, serán por tanto morada de cazadores ó pescadores, y por razon contraria, de labriegos las rejiones cálidas ó templadas; poblaránse los territorios áridos y estériles, negados al cultivo, de pueblos pastores, á quienes sus mismos rebaños les darán leche en verano y carne en invierno, mientras en los climas sobremanera cálidos morarán rancherías salvajes, cuyo único anhelo son los frutos que ofrece la naturaleza en su sencillez primitiva.

No les es dado á las plantas nutritivas medrar al rededor de los polos; viérase el hombre en la precision de ramonear el líquen á par de los renjíferos, y la corteza del pino y del abedul, como los Lapones en invierno, ó bien á desenterrar los bulbos de al-

gunos gamones y ornitógalos, á guisa de las ratas subterráneas de Siberia. Ya no se da el trigo mas allá de los 62° de latitud, y no pasan el maiz y el mijo de los 46; aun mas sienten el frio los *holcus* y *eleusinas*, lo propio que el arroz, y la mayor parte de las gramíneas glumas biflorales que nunca pasan la línea de los trópicos, el *dura*, por ejemplo, el *teff*, etc.

Por singular prevision, parece haber colocado la naturaleza en los climas templados los nutritivos dones de Céres. La cebada vulgar, segun Plinio, crece espontáneamente en las orillas del Kur ó del Araxes, y al oriente de la Jeorgia, si creemos á Moisés de Corena (1); nacen tambien otras cebadas cerca del Tibet, en la grande Bucaria, segun afirma Marco Polo (2). Nuestro trigo parece oriundo de las Indias, en el país de los Musicanos de que habla Estrabon (3); en 1782, encontró Andrés Michaux la espelta silvestre en una provincia de Persia llamada Hamadan (4). Las habichuelas son tambien oriundas de la India. La vid, que ya no produce mas allá de los 50°, crece sin cultivo en Armenia y Jeorgia, si damos crédito á Tournefort, Chardino, Guldenstædt, etc. Encontrarémolos igualmente nuestros animales domésticos oriundos de las rejiones templadas del Asia superior. Solariego el maiz en Méjico, sembráronlo los antiguos Toltecas con la batata

(1) *Geogr.*, páj. 360.

(2) Ramusio, *Viaggi*, tomo II, fol. 10, a

(3) *Geogr.*, lib. xv, páj. 1017.

(4) Lamarck, *Encycl. meth., botan.*, tomo II, páj. 560.

(*convolvulus batatas*) en diversos territorios de América. Trajéronnos principalmente del Perú las papas, y del Asia Menor llevaron consigo los Sarracenos el alforfón, que aun les debe el nombre que conserva. Desde remotos tiempos debemos al Oriente el cerezo, el peral, el albaricoque y albérchigo, el granado, el limonero y la mayor parte de los árboles frutales; el olivo, el moral, el almendro, el nogal, el castaño y la encina de dulces y sabrosas bellotas (*quercus cæculus* y *bellota*), la higuera, etc.: y de ahí es que los mas de esos árboles no pueden medrar mas allá de los 40°.

La naturaleza por otra parte ha derramado en las rejiones frias, como benéfico recurso en los largos inviernos, frutos harinosos y secos, castañas y fabucos, nueces, avellanas, guisantes y habichuelas, como tambien nutritivas raices, mientras que bajo las ardientes zonas y en verano, deja brotar frutas agrillas, aguanosas y refrijerantes, guindas, por ejemplo, fresas, grosellas, melones, etc. Bajo el inflamado y árido sol de África, ofrécenos húmedas malváceas y portuláceas, los *hibiscus*, las verdolagas, las *ficoides*, y en especial las cucurbitáceas, etc.

Brindándonos la tierra en los climas templados con gran copia de *gramíneas cereales* y plantas leguminosas, diónos á conocer su jénero adecuado de agricultura; señaló á los trigos el campo, y al trébol y á la grama los prados. Los pueblos agrícolas, y de consiguiente los mas adelantados en civilizacion y buen gobierno, no serán pues otros que los moradores de esas rejiones intermedias, donde die-

ron márjen á inmensos códigos la particion de las tierras y la propiedad de los frutos nacidos del trabajo: no por otra causa representaban los Griegos á Céres lejisladora coronada de espigas y apoyada sobre la reja del arado. En la India empero y en los paises mas ardorosos, donde la aridez del suelo desmedra nuestras gramíneas, y no podemos halagar la vista con el bellissimo y esmaltado tapiz de nuestros prados, es forzoso sembrar el arroz en campos inundados, ó confiar á la madre tierra el dura, el alcuzcuz, y el maiz, á quienes puede ser matante la sequía, pudiendo únicamente suplirlos los frutos de las palmeras, plátanos é higueras, no menos que las raices de la batata y la yuca. Pierde pues en arreglo el cultivo cuanto menos necesario se presenta, á causa de la natural fecundidad del suelo, y es de ver que cuanto menos firme aparezca la propiedad, corre mas riesgo de ser presa de sediento y despótico gobierno, á la manera que en las mas fértiles rejiones la confianza misma enjendra el hambre.

Es igualmente otro beneficio de la naturaleza el haber esta colocado en los climas templados é intermediarios la mayor parte de los animales y vejetales útiles al hombre, quien los traslada á los paises mas lejanos. Hase visto ya que eran hijos suyos el trigo y demás cereales, la vid, los olorosos frutales, muchas umbelíferas, crucíferas y leguminosas, plantas todas alimenticias. Pertenécenle asimismo por su oríjen los mamíferos rumiantes y aves gallináceas, casi todos domesticados ya de largo tiempo; si esceptuamos pues el renjífero y el alce, con que

ha favorecido la Providencia á los habitantes polares, y el dromedario con el camello, nacidos para los desiertos arenales del África y la Arabia, vemos por do quier hijos de las templadas zonas: los bueyes y toros montaraces, el búfalo y el bisonte americano, el argali y el carnero silvestre, primitivo tronco de nuestro ganado lanar, el *paseng* ó *ægagre*, padre de nuestras cabras; el ciervo y la gamuza, los solípedos, como el caballo y el asno; y fuera de estos, el jabalí y los cerdos, y la mayor parte, en fin, de los roedores, que ofrecen riquísima caza, como las liebres, los conejos, lirones, etc.

Preciso era que se multiplicasen los rumiantes donde con mayor abundancia crecen las gramíneas de que se mantienen, y que debian igualmente atraer las aves granívoras, y en especial las gallináceas. Al norte del Indostan, vaga aun salvaje por las montañas el gallo; el faisán es oriundo de las orillas del *Faso*, en la Mingrelia ó antigua Cólquida; el pavo real, del norte de la India, el pavo comun, de la Virginia; y sin embargo de encontrarse otras gallináceas bajo el cielo de los trópicos, como el hoco, en América, y la pintada, en Numidia; la perdiz y las codornices, los lagopos, urogallos, ortegas, francolines, etc., llegan hasta los hielos del norte, lo propio que los palomos y las alondras. Otro tanto puede decirse de otras aves granívoras, ya sedentarias, ya pasajeras, como las ribereñas, las grullas, cigüeñas, becardas, etc., y tambien de las palmípedas, como los ánsares, los patos, las cercetas, bernachos, etc., procedentes todas del norte.

En las rejiones intermedias es donde se complace la naturaleza en colocar los animales que pueden ayudar al hombre con su trabajo, alimentarle con su carne y leche, vestirle con su lana, etc. No ambiciona el habitante de las zonas cálidas mas que arroz y panizo; cuando los escasos pueblos de las rejiones polares buscan alimento en muchos animales marítimos, como las focas aceitosas, las aves acuátiles, y un sinnúmero de pescados que se multiplican en los rios de la Siberia, los esturiones, por ejemplo, los salmones, esperinques, y otras numerosísimas especies, que cuajan las orillas, y de las cuales llegan á servirse como de estiércol.

No solo es dañina la carne bajo los trópicos, si que tambien es poco sabrosa en muchos animales; encuéntrase la carne de vaca correosa y de pésimo gusto, y en razon de alimentarse otros cuadrúpedos de rapiña é insectos, ofrecen carnes corrompidas, por manera que en África únicamente se arrojan los negros á comer los perros, la carne del elefante, las langostas y otras viandas enjutas y acecinadas.

Ofreciendo pues cada rejion de la tierra sus animales como sus vegetales, brinda á cada viviente con su adecuado alimento. Los pueblos marítimos son pescadores y piscívoros; cómense en algunos paises pantanosos peces pellejados y fangosos, como las anguilas y murenas, cuya carne pesada y dañina fué reprobada por los legisladores en Egipto y Oriente. En algunas rejiones de África y en los paises hondos de Uangarah, en Nigricia, poblados de serpientes, cómenselas los naturales, lo propio



que las tortugas y lagartos. Como en los climas calurosos sean las mas de las aves insectívoras, de ahí nace que afrecen carne **menos** sabrosa que las especies granívoras de nuestras rejiones mas templadas. Las aves ribereñas, de **largas** piernas ó zancudas, y las nadadoras ó palmípedas, moran principalmente en los terrenos frios y acuáticos. Los mamíferos roedores, ratones, ardillas, marmotas, etc., buscan los sitios en que crecen los **granos** secos que se guardan en invierno, como los **bosques** de abetos en el norte, los de fabucos, avellanos y otros árboles amen-táceos. Algunos rumiantes de cuernos huecos y liviano talle, como las **gacelas**, vagan gustosos por los peñascos y las **sierras** de Asia y África, donde nos brindan con **escelente** caza y agradable presa. Gústale el potro al Tártaro, y al Islandés la ballena y la marsopa, mientras **no** codicia el Árabe mas que la leche de sus camellos y los dátiles de sus palmeras, y el Moro hambriento en sus desiertos devora las langostas, ó **se** contenta con la goma de sus acacias, ó con algunas pizcas de harina de alcuzcuz.

En el Asia meridional, constituye el arroz el primer alimento, abasteciendo esta gramínea la mayor parte del jénero humano, mas aun que el trigo. El negro y el Etiope se alimentan de mijo y dura (1), mientras cultiva el maíz el habitante de la América meridional; acuden á dátiles, higos y frutos del loto (2) los Africanos de blanca estirpe y los de las

(1) *Holcus bicolor*, Lineo, y *holcus sorghum*.

(2) *Ziziphus lotus*, Desfontaines.

playas del Mediterráneo; y aliméntanse los Malayos con el meollo de la palma de India y el fruto del árbol pan (1). Ictiófagos son casi todos los pueblos marítimos, que suelen ser numerosos. El trigo es el principal alimento de los Europeos, y su cultivo, que exige imperiosamente la particion de las tierras, continuos trabajos y propiedades fijas, fué el padre, si decirse puede, de la civilizacion. Los Esquimales subsisten de carne y pescado, lo mismo que los Samojedos y Kamtschadales. Nútrense de lacticinios los Cafres y Hotentotes, tribus trashumantes, así como los Árabes Beduinos. Los Mogoles y Calmuco engullen que es maravilla la carne de caballo chorreante aun ó escasamente manida, sorbiendo la leche de sus yeguas, y mezclándola á veces con sangre. Todos los salvajes de la América septentrional son cazadores. Los Ejiptios y Persas comen dátiles y sandías; frutos del sicómoro los Árabes y Levantinos; higos los habitantes del Archipiélago; por último, muchos Europeos meridionales se sustentan con las castañas y las bellotas del *quercus bellota*. Los habitantes de California no codician mas que los frutos del nopal ó *cactus*, y de las palmeras *seje*; ni los Brasileños mas que los del *acayoba-manzana* (2); los Peruanos y Mejicanos la yuca, las batatas, etc.; los Abisinios las semillas del sésamo; y los Chinguleses el *cynosurus-coracanus*,

(1) *Artocarpus incisa*, Lineo, y tambien del taro, *arum esculentum*.

(2) *Anacardium occidentale*, Lineo, como igualmente de otros frutos de las palmas, los cocos, etc.